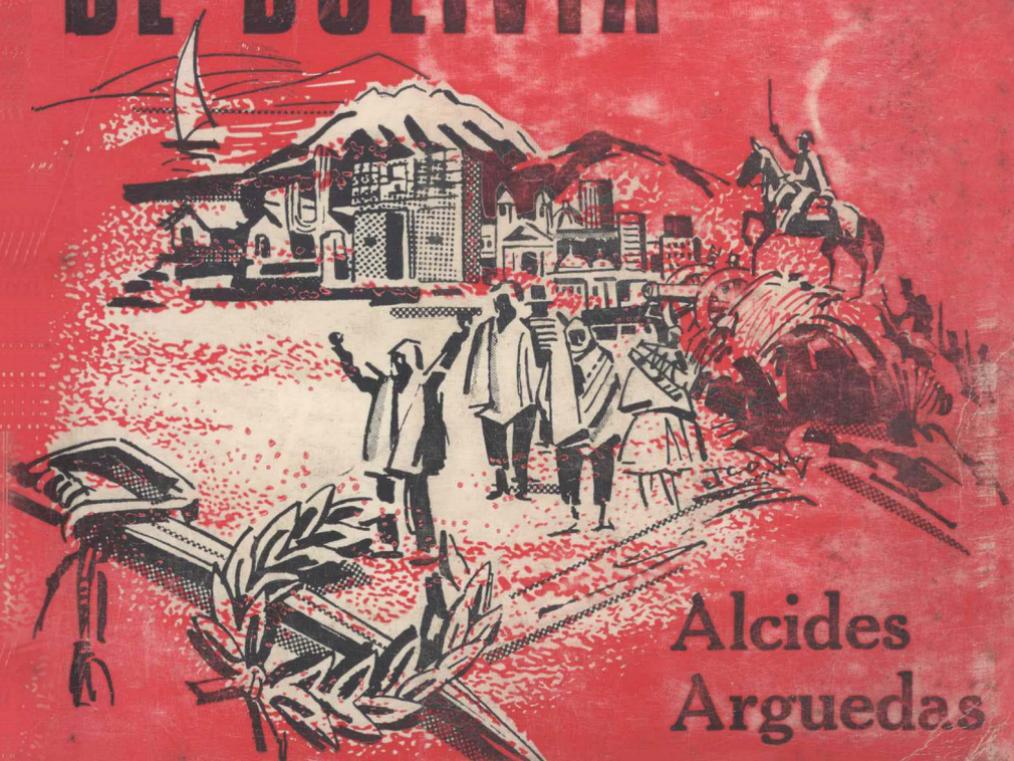
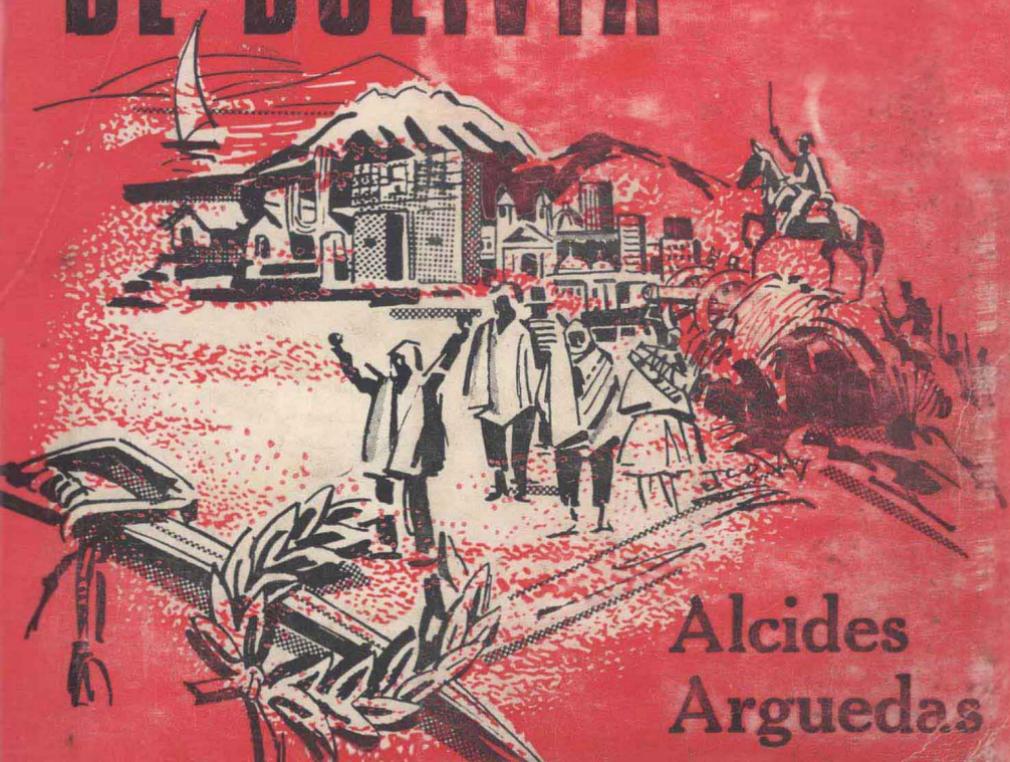


# HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA



Alcides  
Arguedas

# HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA



Alcides  
Arguedas



GISBERT & CIA. S. A.

La Paz - Bolivia

1975

HISTORIA GENERAL  
DE  
BOLIVIA



ALCIDES ARGUEDAS

HISTORIA GENERAL  
DE  
BOLIVIA

Gisbert & Cía., S. A.

La Paz - Bolivia

1975

Es propiedad de los Editores.  
Quedan reservados los derechos  
bajo el Registro de Propiedad  
D.L. L.P. N° 1039.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

---

Editores: Gisbert & Cía., S. A.

Impresores: Litografías e Imprentas "UNIDAS", S.A.

## P R O L O G O

Por *Porfirio Díaz Machicao*

Alcides Arguedas ha llenado un largo tiempo la literatura boliviana. Espíritu inquieto y responsable, maestro de un orden de escritura que se enfocó por la supervivencia, no se limitó a la fragmentación argumental, sino al argumento completo, averiguado, investigado apasionadamente, correlacionado por la convivencia de todos sus personajes. Rehacedor del tiempo —y de la armonía entre ese tiempo y los hombres— tuvo que mostrar, indudablemente, sin lugar a sospecha, su alta vocación de historiador.

Y Arguedas es un Historiador. Es un historiador del suceso boliviano, una especie de extraordinario testigo de sus luces y sombras. Leal a un realismo insobornable, opuso su espíritu al halago fá-

cil de los compromisos falsos de la amistad, el compadrazgo y el interés creado. Con esa conducta se abismó en los estudios de la Historia de Bolivia, de la cual existen dos versiones: una, extraordinariamente vasta que se reúne en varios tomos y esta Historia General que es síntesis de aquella, al alcance de los más urgidos o de los menos detallistas.

Es lógico que en esta búsqueda de la verdad — dentro de la arena sagrada del pasado— haya tenido que recoger lo que luego impide convivir con satisfacción: la esencia de los hechos, su espontaneidad, su error, su grandeza y hasta su gloria. Cada vida que se ofrece al que investiga es un tesoro que se aquilata: buena o mala. Si lo primero: su derivación hacia la gloria y el buen ejemplo. Si lo segundo: al deshonor. Pero entre estos dos grandes polos germina el ser histórico, el que dá su nombre para el ejemplo o su voluntad, mal empleada, para la condena. Y entre esos dos polos anduvo por largos años éste historiador discutido, de apasionante exposición y lacerante realismo. Con su pluma se ha descubierto la verdad histórica de Bolivia —por mucho que lo niegue a la hora nona, cuando él mismo no puede defenderse de sus poquísimos detractores. Y es que Arguedas acometió la obra grande, la que da cita —en su tarea— a la conciencia, la veracidad y la voluntad de trabajo. No fue un fragmentario sino un obrero total para una obra total

que, luego, quiso asentarse en los estudios sociológicos.

Anduvo por Europa y América —mientras trabajaba con los más grandes espíritus— esos inquietantes profesores de la inconformidad nacida y mantenida en los más grandes panteones de la gloria, esos maestros zahoríes y románticos, elevadas conciencias de dimensión universal, que le ayudaron a unir esfuerzos para sostener ideas nuevas.

Fue revolucionario en los procedimientos, desbordante en el esclarecimiento, avasallador en la denuncia. Y es por eso que al paso de su obra —grandemente difundida— nacieron también los falsos hechiceros que trataban de negarlo.

Pero no. Su obra estaba sustentada en la fuerza heroica de sus personajes —malos o buenos— y era una línea paralela al suceso —truculento o glorioso.

Arguedas creó personalidad en su enfrentamiento con la Historia. Y porque la quiso real y valedora —como lo es el torrente de un río— creó también su propio dolor de ciudadano. El dolor de estudiar, el dolor de investigar, el dolor de denunciar. De lo contrario, jamás habría aceptado el honor de escribir Historia. —“No calles, no encubras, no deformes”— debía oír en su conciencia. Y, sin callar, encubrir ni deformar, se acercó a la misma gran-

deza de su obra. Lógicamente, cuesta dolor oír la confidencia de las almas o el secreto misterioso de los muertos. Pero, de confidencia y secreto denunciados, surge el testamento histórico, el que verdaderamente vale. No importa que esa Historia sea transferida por Shakespeare a Herodoto. Las glorias y las penas de la vida llevan sus mismos rumbos. Y hay hombres —destinados por Dios— para oír mucho de esas glorias y esas penas.

Tal es el caso de Alcides Arguedas en Bolivia. Un espíritu que entrega —en Historia— el legado donde hay un plano de pensamiento para edificarse y rectificarse. Una tarea de base para una construcción futura. Una construcción futura que será fuerte y sólida, como fuerte y sólido fue el empeño del gran historiador.

No encuentro, en verdad, nada vulnerable en la tarea de Arguedas. Hemos aprendido a sufrir —como pueblo— y podemos aprender a sentir un orgullo glorioso en la enmienda.

Mientras tanto, proclamo con satisfacción de boliviano: la Historia de Arguedas es fuerte como un templo. Y en él ha de penetrarse con respeto, austeridad y patriotismo.

No es escrito de un día para un día. En resumen de siglos para siglos. Es y será perenne. Siempre consultada. Porque —en verdad— también tie-

ne una conjunción de tradición, gloria y grandeza, materias esenciales de la perennidad.

La Editorial "Gisbert y Cía." me pide este prólogo. Accedo. Pero no sabe cómo me ha hecho el obsequio de la gloria inmerecida.

Seré siempre digno de ella.

La Paz, Bolivia, junio de 1935.



## DEDICATORIA

El primer deber de cualquier historiador, es dirigir todos sus esfuerzos a ofrecer una imagen todo lo exacta posible de la realidad pasada, para dilucidar la verdad de entre las nieblas voluntarias o involuntarias que la rodean. Toda obra que no respete este principio en todo su rigor, no puede aspirar al título de historia...

A. D. Xénopol.

Dedico esta obra, reverente, a la juventud estudiosa de mi Patria.

Sabrán ahora las nuevas gentes, si la leen, que nada de lo que se ve debe sorprendernos porque es el resultado fatal y lógico de nuestro pasado triste y sin relieve, que la patria ha sido a menudo juguete de gentes sin valor moral, ordinarias de corazón y de mente, de pobres gentes que sólo han podido ser algo y jugar un rol más o menos descollante, porque los cuarteles suplieron a las escuelas, y, cuando hubo escuelas, últimamente, en vez de educadores, sólo se pusieron maestros...

Nuestra emancipación política ha sido la obra de militares dotados con bellas intuiciones de estadistas. Pasaron los grandes hombres, como sombras, envueltos en el torbellino de los sucesos del Continente, y nosotros nos quedamos deslumbrados por el brillo de sus sables y creyendo que sólo dura lo que con el sable se construye. Perdimos entonces el respeto a los doctores de la universidad de San Xavier, laboratorio de energías mentales, y dejamos que poco a poco se fuera atrofiando el cerebro para pensar exclusivamente en cuidar del estómago. Nos hicimos gentes de presa, luchadores en campo cerrado. Y ofrendamos nuestro vasallaje a militares con el culto de la acción y de la fuerza, desdeñando a los estudiosos, los cuales, ante el desvío, se fueron también tras las huellas de los soldados, olvidando las enseñanzas de sus libros.

Y entramos a la era dolorosa de los caudillos.

La política, —se dice,— es el arte de gobernar bien, y así lo entienden en otras partes del mundo donde hay pueblos civilizados, ricos y prósperos.

Entre nosotros la política ha sido, sigue siendo, el arte de prosperar individualmente y por eso, desde la emancipación temprana, hemos vivido en perpetua guerra para alcanzar ese fin aunque ocultando el propósito detrás de nombres sonoros, y la intensidad de los apetitos bajo la oriflama de programas que éramos incapaces de realizar.

Si esto parece excesivo, consúltese desinteresadamente la Historia y recién entonces se estará capacitado para comprender en su magnitud toda la extensión de nuestro infortunio.

Porque esa historia, es, en el fondo, de una tristeza infinita, pues es la historia de un pueblo pobre y sin cultura. Quisieron nuestros cronistas darle algún relieve ocultando sus tristezas, y explotaron el lado épico de su faz

narrando y describiendo las acciones bélicas de esas luchas, que es donde salta la miseria de las andanzas guerreras. Otros, más complacientes todavía, exaltaron tales luchas viendo principios a través de sus afanes, y convirtieron la historia en mujerzuela liviana de intramuros, llena de oro-  
peles y fácil de rendir a poco precio, pues hallaron héroes allí donde sólo había hombres, y, hombres donde se ocul-  
taban payasos. Y así amontonaron en las páginas de sus crónicas nombres de gentes sin pasado y sin volumen solo porque en uno de tantos momentos, desempeñaron un cargo, llenaron la plaza con el rumor de su palabra, esbozaron un gesto.

“El individuo histórico, —dice Hanotaux,— es, por ex-  
celencia, el gran hombre, el profeta, el santo, aquel que ha  
cogido, prolongado, realizado en su juicio, en su voluntad  
y en su obra, las aspiraciones de su generación y de su  
tiempo para darles un impulso nuevo. Sin los héroes, no  
hay progreso ni historia: la vida estancada de la humanidad  
no merece ser contada” (1).

Nuestra historia, **de ojo miope**, —que diría Carlyle,—  
nunca ha contemplado sino el aspecto militar y meramente  
político de los sucesos. La masa, la colectividad, con sus  
peculiaridades, sus afanes de vida cuotidianos, sus preocu-  
paciones, hábitos y costumbres, no aparece por ningún lado.  
Tampoco se conocen las manifestaciones de su vida inte-  
lectual y moral, y menos se habla del hombre económico  
y social. Es el hombre de partido, afanado en la lucha por  
la posesión del poder el que se explaya en sus páginas;  
pero sin personalidad, sumergido en la torrentosa corriente  
de las revoluciones.

---

(1) Revue de Deux Mondes.

Ahora bien: estudiando de cerca los anales y poniéndose a meditar sobre sus enseñanzas, se ve que dos resortes principalmente guían la conducta de todos los políticos y caudillos cuyos nombres llenan las crónicas de los sucesos: el hambre y la vanidad.

Y se puede analizar nuestros problemas bajo cualquier aspecto. Se puede verlos bajo el aspecto étnico y geográfico; desde el punto de vista de los hechos o de los principios; se puede estudiar la conducta privada y pública de esos hombres o seguir el proceso de su desarrollo mental, y siempre, invariablemente, aparecerán esos resortes, —demasiado humanos, por lo demás,— determinando su conducta, al través de todo, por encima de todo.

Para moderar la acción propulsora de estos dos resortes intensamente templados, han faltado otras dos fuerzas de valor positivo en los pueblos: riqueza económica y principios morales.

Y esta es la labor que urge realizar de inmediato y sin demora para alcanzar un alto destino, porque, al fin, la riqueza atrae inmigración, crea cultura, y con la cultura nacen las aristocracias pensantes y de rango sin las cuales no es posible concebir ningún progreso, porque, ¡Dios santo! la chusma constituye el cuerpo social y nunca tiene acción directiva pues no se piensa con los brazos, las piernas o el estómago sino con la cabeza. . .

Y un pueblo sin grandes establecimientos de instrucción, sin Universidades bien constituidas, sin facultades de enseñanza técnica y profesional, carecerá siempre de elemento directivo. Y sin jefes ni conductores, sin poetas ni filósofos, sin industriales y hombres de empresa, será siempre un pueblo primitivo y en ruinas, desorientado, sediento de cosas insignificantes porque le faltarán hombres de ciencia y hombres de Estado, es decir, gentes de saber, ya que,